

ISSN 0001-4605


Centro de
Estudios Paraguayos
Antonio Guasch

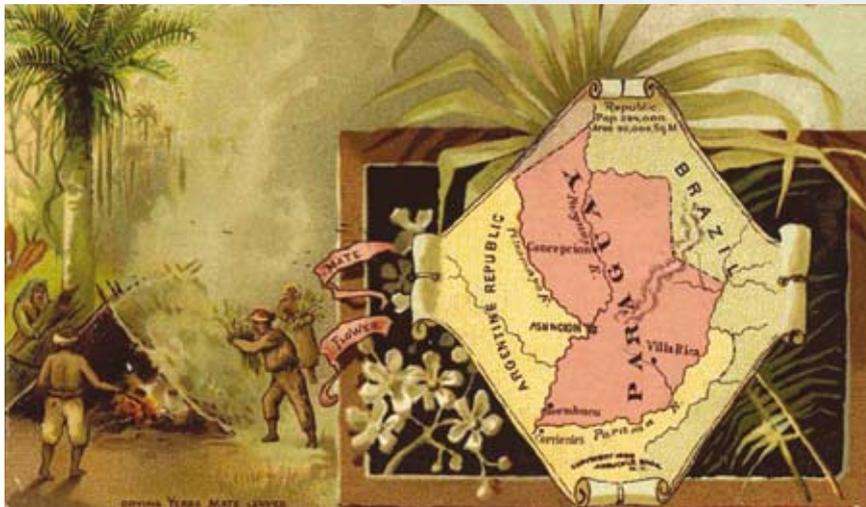
Acción

Revista de reflexión y diálogo de los Jesuitas del Paraguay

Mayo 2011 - Nº 314 - G. 20.000.-



1811-2011
La construcción de una República





Vice-Presidente Sánchez 612 c/Azara
Casilla de Correo 1072
Tel/Fax: (595-21) 233 541/3
revistaaccion@cepag.org.py
www.cepag.org.py

Tercera Época

**Año XLII. Fundada en mayo de 1923 por
Monseñor Aníbal Mena Porta**

La Revista Acción es editada por el CEPAG (Centro de Estudios Paraguayos Antonio Guasch) de los Jesuitas del Paraguay. El CEPAG es un centro de investigación y acción social inspirado en la misión de los Jesuitas: proponer, en medio de la cultura y la sociedad en la que vivimos, la fe cristiana y la lucha por la justicia en un diálogo abierto a todos y todas

Director

José María Blanch, sj

Jefa de Redacción

Stella Ruffinelli

Secretaria de Redacción

Magali Casartelli

Consejo de Redacción

Melquíades Alonso, Galo Bogarín, Margot Bremer, Milda Rivarola, Fides Gauto, Gabriel Insaurralde, Oscar Martin, Bartomeu Melià, Tomás Palau, Francisco de Paula Oliva, Luis Rojas Villagra, Estela Ruiz Díaz, Luis E. Ughelli

Difusión, suscripción y distribución:



Vice-Presidente Sánchez 612 c/Azara
edicionesmontoya@cepag.org.py
Telefax: (595-21) 233 541/3

Diseño y diagramación:

Karina Palleros

Fotografías:

Archivo CEPAG y Banco de imágenes

Impresión:

Grafí Express
Ecuador 2.532 c/Yvyra Pyta,
Tel.: 550 008 - Fax: 559 756

Precios

G. 20.000 el ejemplar.
Números atrasados G. 20.000

Suscripción

10 ejemplares G. 150.000 / US\$ 50

Acción no se responsabiliza por los juicios y opiniones de los artículos firmados.

Índice

Editorial

Lo dicho y no dicho sobre la Independencia 2

Tema del mes:

1811-2011. La construcción de una República

1811: Independencia y/o República 4

Milda Rivarola

El silencio guaraní en la Independencia 7

Bartomeu Melià, sj

Sociedad indígena y española en vísperas 12

de la Independencia del pueblo paraguayo

Rafael Eladio Velázquez

Identidades regionales en Paraguay: integrando 17

la diversidad

Fabrizio Vázquez

“En el Paraguay no hay negros”: La historia de 20

una exclusión

Ignacio Telesca

Doxa política e identidad nacional 24

Luis Ortiz Sandoval

Constelaciones históricas chaqueñas 26

Hannes Kalisch

Las próceres olvidadas en el Bicentenario 34

Margot Bremer, rscj

Foto de tapa:

Marianne es una figura alegórica, símbolo de la revolución francesa. Representa los grandes valores de la República: “Libertad, Igualdad, Fraternidad”, (Tarjeta conmemorativa del Primer Centenario de la Independencia del Paraguay).

Colección Milda Rivarola

“En el Paraguay no hay negros”: La historia de una exclusión

Ignacio Telesca*



*Historiador.

I

“En el Paraguay no hay negros”, me respondía indignado un alumno cuando me refería en clase a la presencia de los afrodescendientes en el Paraguay. Ante la referencia hecha por una compañera sobre Kamba Kua, añadió: “pero esos vinieron con Artigas”.

Este mismo discurso está presente en la mayoría de la población y a veces incluso en los libros de historia. Parece raro que esto sea así si tenemos en cuenta que hace cuarenta años ya que Josefina Pla publicara su excelente obra *Hermano negro*. Y ella no fue la única, vinieron luego John Hoyt Williams, Jerry Cooney, Germán de Granda, Agustín Blujaki, Ana María Argüello, Alfredo Boccia Romañach, y la lista sigue.

Algunos historiadores más serios explican que los afrodescendientes se integraron a la sociedad nacional, se hicieron paraguayos, y allí se perdió su rastro y se soluciona ‘el problema’ de su desaparición.

Sin embargo, nada es tan sencillo. No sólo porque aún hay personas que se reconocen como afrodescendientes, y no sólo en Kamba Kua, sino también en Emboscada y en Paraguairí, sino también porque no existía algo así como una sociedad nacional, algo a lo que denominar ‘lo paraguayo’.

Lo que sí existía era un sinnúmero de discriminaciones y exclusiones ante las cuales, los indígenas y los afrodescendientes tuvieron que optar por negarse a sí mismos, a su propia identidad, para vivir un tanto más dignamente.

Pero vayamos por partes y despacio.

II

Sabemos que desde la misma conquista de estas tierras por parte de los europeos, los africanos esclavizados estuvieron presentes.

No hay marca más evidente de la discriminación y exclusión que la esclavitud. Y los africanos que llegaron a América, los que no murieron en los barcos, lo hicieron no por su gusto sino

como esclavos, mejor dicho, esclavizados (no hay que permitir al lenguaje que nos haga ver como natural el hecho de la esclavitud). Es importante recordar que esta esclavitud no se restringe al siglo XVI, sino que continúa hasta el mismo siglo XIX.

Algunos esclavos logran su libertad, ya sea porque se la da su dueño/a o porque alguien paga por ella. También era común que el esclavo tuviese descendencia con una mujer libre, por lo general indígena, y este hijo o hija era libre. No debemos olvidar que la esclavitud se transmitía sólo por herencia materna, no paterna. Es decir, el hijo de una esclava siempre será esclavo, por más que fuese su padre el amo, por lo cual no es infrecuente encontrar un amo con escrúpulos que les diese la libertad a la esclava y a su hijo, aunque lo más frecuente era que el amo actuase como padrillo, abusando de las esclavas, manera económica de hacerse con más mano de obra esclava.

Por una razón u otra pronto surgió una comunidad importante de pardos y mulatos libres. A tal punto que se comenzó a cobrar un impuesto de un marco de plata a cada mulato o pardo libre adulto.

Como es de imaginar, si la provincia del Paraguay vivía sumergida en la pobreza, mucho más aún los pardos. Como ellos no podían pagar dicho impuesto, lo hacían en su lugar miembros de la elite u órdenes religiosas. A cambio, de más está aclarar, de sus servicios. Es decir, los afrodescendientes eran libres sólo de nombre, porque ahora tenían que trabajar para otros. A esta situación se le dio el nombre, eufemismo, de amparo; pero como bien señalaba Félix de Azara a fines del siglo XVIII, esto no era sino una esclavitud encubierta.

A esta situación hay que sumarle el conjunto de discriminaciones a los que eran sometidos los afrodescendientes: no podían casarse con quien quisieran, ni participar en la iglesia de su agrado, sino a la destinada para ellos; no podían acceder al sacerdocio y se crearon milicias especiales para ellos, para que no se mezclaran con los 'blancos'.

III

Ante este cúmulo de exclusiones no es impensable que un afrodescendiente hiciera lo posible e imposible para librarse de las mismas. Sólo había una: dejar de ser considerado como 'negro', 'moreno' o 'pardo' y ser tenido como español. No era una tarea sencilla, pero sí había caminos a ser transitados, el más popular fue el de participar de las milicias de españoles.

Y acá necesitamos hacer una aclaración. Cuando los documentos históricos hablan de los 'españoles' o de los 'blancos' no debemos pensar en alguien nacido en España ni de tez de piel blanca. Españoles eran todos los nacidos en América también, los conocidos como criollos, y respecto a la piel, 'blanco' era todo aquel que no era ni 'negro' ni 'indio'. Como en Paraguay no existía la categoría de mestizo, tenemos que el nombre de 'blanco' abarcaba a un gran número de personas.

Para comprender mejor el momento debemos tener en cuenta un detalle: sólo vinieron al Paraguay europeos hasta 1575, luego de esa fecha sólo llegaba un gobernador, un obispo o un religioso allende el mar. Hay que esperar hasta fines del siglo XVIII para que una nueva ola de europeos o de otras ciudades americanas llegara al Paraguay, pero en mucha menor medida que antes.

En otras palabras, para fines del siglo XVII es muy difícil encontrar a un descendiente sólo de europeos. Todos eran descendientes de las interminables relaciones entre europeos, indígenas, afrodescendientes, mestizos, y la cadena continúa.

Esta situación ayuda a explicar el porqué para un afrodescendiente no era imposible pasarse a las milicias de blancos, por ejemplo.

Por supuesto que se necesita la complicidad del que esté en frente de la misma, o incluso del cura que casa a un afrodescendiente en una iglesia que es sólo para blancos (a lo mejor necesitado de haberes). Lo importante de esta realidad es que el afrodescendiente se ve obligado a dejar de ser quién es para no ser discriminado ni excluido.

IV - También los indígenas

Lo mismo ocurrió con los indígenas. Cuando los jesuitas fueron expulsados en 1767/8 la mitad de los indígenas que vivían en las misiones las abandonaron y no se fueron a la selva sino que se mezclaron con el resto de la sociedad (¡y, aunque parezca mentira, este grupo representaba una cuarta parte de toda la población del Paraguay!).

Esto fue posible, además de lo que comentábamos en referencia a los afrodescendientes, porque al mismo tiempo surge una nueva elite latifundiaría (que se hace con las tierras controladas por los jesuitas, tanto al sur del Tebicuary como al norte del Manduvirá) necesitada de mano de obra. La situación era sencilla: si el nuevo dueño de la tierra denunciaba la existencia del indígena, tenía que regresarlo al pueblo de indio de donde se había escapado; pero si lo asumía como ‘español’, entonces podía aprovecharse de esta nueva mano de obra.

Una vez más, para que el indígena pudiese librarse de la explotación de los pueblos de indios (y tras la expulsión de los jesuitas la situación se tornaba cada vez más pesada) se veía obligado a renunciar a su identidad como indígena.

V - Tras la independencia

¿Qué cambios se dieron con la independencia? Pues para estos grupos, muy pocos, para no decir nada. Ni los afrodescendientes ni los indígenas aparecen en las actas de la independencia. Por el contrario, cuando en 1812 se hace referencia a los mulatos libres es para enviarlos al norte para formar con ellos el pueblo de Tevegó, para que fuese el antemural frente a los avances portugueses e indígenas.

La esclavitud no fue abolida sino recién en 1869/70 y el porcentaje de personas esclavizadas antes de la guerra contra la Triple Alianza llegaba al 5%, algo así como 300.000 personas hoy en día. Todas las lindas casas, los diferentes palacios que hoy tenemos en Asunción, así como la estación de ferrocarril, arsenal y demás empresas se realizaron con mano de obra esclava.



Cuando el Dr. Francia suprime las órdenes religiosas, a los esclavos de las mismas no los dejó libres, sino que los convirtió en esclavos de la patria.

El nuevo Estado también se edificó sobre la explotación de la mano de obra esclava.

La nueva república continuó con los mismos sistemas de exclusión, y no deja de ser interesante ver que para el censo de 1846 tenemos las mismas categorías censitarias que durante la colonia, blancos, indios, pardos y mulatos (libres y esclavos). Ante esta situación, la población afrodescendiente siguió procurando zafar de la exclusión a través de los mismos mecanismos de sobrevivencia que tradicionalmente había adoptado.¹

VI - Recordar-olvidar

Darío Sarah siempre nos trae a colación las reflexiones de Paul Ricoeur sobre esa operación doble de recordar-olvidar. Es decir, nosotros no sólo recordamos, sino también olvidamos. Ambas van unidas.

Ya Ernst Renan, en una célebre conferencia pronunciada en la Sorbona de París el 11 de marzo de 1882 (“¿Qué es una nación?”), sostenía que la esencia de la nación consistía no sólo en que los individuos tengan mucho en común, sino también en que haya olvidado bastantes cosas.

Sin embargo, hay que insistir que ‘eso’ que se tiene en común no es algo dado, algo ya presente, una esencia, sino que se imagina (diría Benedict Anderson), se inventa (diría Eric Hobsbawm) y se recrea constantemente por las nuevas generaciones.

No se trata entonces de golpear nos el pecho ni avergonzarnos por los actos de la elite paraguaya de la independencia. Tampoco lo opuesto, el querer justificarlos amparándose en el famoso ‘contexto en el que vivieron’.

Lo que debemos comprender es cómo se fue creando esta idea de nación paraguaya, quiénes fueron los artífices, cómo fue variando a través de estos dos siglos y en especial sobre qué exclusiones está cimentada.

Hoy contamos con un grupo de comunidades que se autorreconocen afrodescendientes, que realizan censos y se organizan. Por primera vez el informe de la Codehupy incluye un capítulo sobre los derechos de los afrodescendientes.

Están ahí, presentes, reclamando y luchando por su lugar. Cuestionan a los historiadores por su historia y sobre el porqué de su ausencia en los libros de historia del Paraguay. Obligan a la sociedad en su conjunto a repensar el Paraguay, a re-crear una nueva idea de nación. No basada sobre la exclusión y la marginación, tampoco en la integración que anula.

¿Hay que señalar acaso que ni los pueblos indígenas ni los afrodescendientes se encuentran dentro del (famoso) quintil más rico de la población? ¿Se nos oculta acaso que esta exclusión no sólo es histórica sino presente? ¿No sólo restringida a un ‘olvidar’ sino también a una explotación económica?

Pensar la nación (crearla, imaginarla, inventarla) no es un mera elucubración mental, un juego de café de un grupo de intelectuales. Nuestro compromiso es pensar la nación, las naciones, la sociedad, las sociedades, desde los excluidos de ayer y de hoy (que, ¡oh sorpresa!, suelen ser los mismos). 

1 Hemos profundizado en esta cuestión en “Afrodescendientes: esclavos y libres”, en Telesca, Ignacio (coord.), *Historia del Paraguay*, Asunción, Taurus, pp. 337-356; y en “Sociedad y afrodescendientes en el proceso de independencia del Paraguay”, en Mallo, Silvia e Ignacio Telesca (eds.), “Negros de la patria”. *Los afrodescendientes en las luchas por la independencia en el antiguo Virreinato del Río de la Plata*, Buenos Aires, SB, 2010, pp. 149-170.